

Perder las elecciones para ganar el partido

Un periodista extranjero ya veterano en este país, como es mi caso, acaba sucumbiendo a reflexiones maquiavélicas cuando pasa revista a las sextas elecciones generales que le ha tocado observar y contar. Al ser éstas del 6 de junio las elecciones más inciertas y, posiblemente por ello mismo, las más cruciales desde que en España se reinstauró la democracia parlamentaria, tales pensamientos son poco menos que inevitables, España enseña a quienes desde fuera se introducen impertinentemente en la intimidad de su pasado y de su presente a creer en teorías conspiratorias; el forastero curioso y persistente acaba por entender el día a día de la política nacional en clave de posicionamientos de largo alcance.

La reflexión se centra, como no podía ser de otra manera, en Alfonso Guerra, personaje renacentista donde los haya. El análisis es el siguiente: Alfonso guerra quiere que el PSOE pierda las elecciones y que su partido pase, por tanto, a la oposición.

Picho de otra forma y perfilando el largo alcance: lo que está en juego no es la presidencia del gobierno sino el liderazgo del partido que ha ostentado el poder durante la última década. Si Felipe González consigue formar gobierno, se queda con el partido. Si no lo consigue, el partido perderá, lógicamente, el gobierno, pero el PSOE se lo queda Guerra. Quienes se han hecho adictos a la conspiración y a sus

**TOM
BURNS**

«España enseña a quienes desde fuera se introducen impertinentemente en la intimidad de su pasado y de su presente a creer en teorías conspiratorias.»



«Si Felipe González consigue formar gobierno, se queda con el partido. Si no lo consigue, el partido perderá, lógicamente, el gobierno, pero el PSOE se lo queda Guerra.»



teorías no miran a la fecha electoral del 6 de junio sino que se fijan en el congreso del PSOE que tendrá lugar, según los estatutos del propio partido, a finales de este año o a comienzos de 1994.

En las elecciones se decidirá un gobierno minoritario o de coalición; las urnas ortogarán un poder bastante relativo al candidato que consiga la confianza del congreso en la sesión de investidura. Del congreso del PSOE saldrá una ejecutiva que será de uno o de otro bando pero que será fuerte. Y esta ejecutiva, ya gobernando desde el poder compartido o liderando las filas de la oposición, será la que pida el voto para el PSOE en las siguientes elecciones. La primera hipótesis es que González gane por un margen más o menos estrecho y comience su cuarta legislatura como presidente del gobierno. En este caso González llegaría mandando al congreso, de la misma manera en que ha mandado a lo largo de la campaña electoral. Si para ganar las elecciones González ha hecho y deshecho a sus anchas -imponiendo al Juez Baltasar Garzón, por ejemplo- ¿qué no hará en el congreso del partido con un «aparato» que no ha hecho más que ponerle zancadillas a lo largo de los últimos meses?

No se debe olvidar que las elecciones se celebran en junio y no en octubre o noviembre, como era la intención de González, porque el «aparato» le planta cara y se niega a asumir responsabilidades políticas por el caso Filesa.

González tenía dos opciones: dimitir como secretario general del partido, y por tanto forzar un congreso extraordinario del mismo, o convocar, como presidente del gobierno, elecciones anticipadas. Al elegir la segunda opción González aplazó el ajuste de cuentas con el «aparato» hasta después de la cita electoral.

Demos por hecho que González gana su apuesta y al hacerse de nuevo con el gobierno se hace realidad la primera hipótesis. Lo primero que ocurre es que una gran proporción del «guerrismo» se pasa de bando. En el congreso del partido González podrá ser o no generoso con los tráfugas, y si es inteligente lo será aunque, eso sí, con condiciones. El partido lo mandarán quienes le sean fieles hasta el final y además sean duros.

Seguramente el congreso separará la función de presidente del gobierno y la de secretario general. El más fiel y el más duro de los «felipistas» -un José Luis Corcuera por poner un ejemplo fácil- sería el designado para dirigir un partido cuya consigna será renovación, renovación y más renovación.

Si se repasa la hemeroteca y la memoria, se estará de acuerdo que congreso tras congreso y comité federal tras comité federal, González pidió una y otra vez caras nuevas, iñjeas frescas y una apertura creciente del partido hacia la sociedad. La respuesta de quienes mandaban en el PSOE fue la inercia, la introspección y el cierre de filas. A juzgar por la actuación de González en la campaña electoral, si gana

su apuesta se acabarán las peticiones piadosas. Pasará a la acción y pocos quedarán de la actual ejecutiva y del comité federal.

González ha tenido dos fallos de bulto en la última legislatura. El primero fue no renovar a fondo su gobierno, enipezando por Guerra, después de ganar las elecciones de 1989. El segundo fue no mandar a un motorista cesando a su vicepresidente cuando la opinión publicada y la opinión pública empezó a recrearse a principios del año siguiente con el tema de Juan Guerra.

Así ocurrió que Guerra desprestigió a un gobierno, ya de por sí cansado, a lo largo de 1990 y consiguió organizar un congreso a final de aquel año a su imagen y semejanza. Guerra se marcharía del gobierno a principios del año siguiente con su retaguardia en el partido bien defendida a través de órganos dirigentes adictos a su persona. González, metido ya de lleno en la preparación de 1992, no comprendería la jugada hasta mucho más tarde.

Quienes han conocido bien a González a lo largo de los años saben que encaja los reveses pero ni los olvida, ni repite las equivocaciones, ni perdona a quienes le engañan.

Y pasamos ahora a la segunda hipótesis en la cual González no llega al congreso de su partido como presidente del gobierno. Es muy posible que ni siquiera llegue como secretario general del PSOE. Se supone que dimitirá irrevocablemente nada más perder las elecciones. Se procede entonces a una catarsis total del partido y a la elaboración de nuevos rumbos para el PSOE.

En esta situación Guerra gana por goleada. Algunos, puede ser que bastantes, se irán del partido siguiendo a González, quemados todos ellos por el desgaste que supone la responsabilidad pública, tal como se fueron a sus casas tantos políticos centristas en la etapa anterior. Sin embargo el PSOE, a diferencia de la UCD, sobrevivirá las deserciones sin problemas e, incluso, con alivio.

Las federaciones de Andalucía y de Extremadura, por sí solas si llegase el caso, conseguirían la consolidación de un aparato robustecido frente a sus adversarios renovadores. Estos no serían ya «renovadores de la nada», como diría José María Benegas en la desafiante carta que envió a González en vísperas de la convocatoria electoral, sino los culpables del desastre electoral.

En los cuarteles de invierno de la oposición se le abren grandes oportunidades a un PSOE confirmado en su «guerrismo». De entrada haría una magnífica labor de oposición, sorprendiendo a propios y a extraños con sus recuperados bríos y con su habilidad en pasar por la izquierda a todos los que tenga por delante. Y haría renovación, mucha renovación, bajo la bandera de la casa común de la izquierda.

Un gobierno de centro derecha gestionando una recesión tendría, no cabe la menor duda, muchos damnificados. El PSOE, el eje central de la recomposición de la progresía,

«Si se repasa la hemeroteca y la memoria, se estará de acuerdo que congreso tras congreso y comité federal tras comité federal, González pidió una y otra vez caras nuevas,»



«Quienes han conocido bien a González a lo largo de los años saben que encaja los reverses pero ni los olvida, ni repite las equivocaciones, ni perdona a quienes le engañan.»

abriría sus puertas a sindicatos hostigados y a una Izquierda Unida que, mal que le pese, habría dejado de ser el punto de referencia frente al capital y a los poderes fácticos (estos volverán a estar de moda). Todos tendrían cabida en un PSOE en la oposición. Se reencontrarían el imundo de los intelectuales y el del trabajo, el de la iglesia comprometida, el de las asociaciones de barrio, el de las mujeres y el de la juventud, el de los idealistas, el de los desinteresados y el de los genuinamente limpios, los defensores de los derechos humanos y los que optan por los pobres.

El campo que se le abre a un PSOE en la oposición es tan amplio como excitante. Ante todo recupera del baúl de sus recuerdos su capacidad movilizadora. Si toca ahora el turio, en este supuesto fin de la historia, a los neo-liberales entonces, inevitablemente, se rearmaría la izquierda, llámese como se quiera llamar, cómo anti-cuerpo, necesario e inevitable. Conforme se acercase de nuevo al poder, y a bien seguro se acercará, la oposición iría cortando las alas de sus utopías. Eso es ley de vida. Guerra estará de nuevo en la cocina y algún González bis presentará los platos al cliente. Guerra puede que ya esté buscando su candidato.